

## RASGOS DE IDENTIDAD NACIONAL EN LA CONCIENCIA NOVOHISPANA

Rosaura Hernández Monroy

**O** FREZCO este análisis del proceso de identificación de los novohispanos con el Estado —nación que se empezó a delinear en la Colonia; dicho estudio lo baso en textos de época de diferentes tipos, principalmente literarios, ya que la literatura expresa el *hic et nunc* de la psique colectiva y a través de ella podemos oír la voz del grupo que representa.

Esta identidad nacional la considero como la forma en que los integrantes de una nación sienten y toman como propios el conjunto de instituciones que dan valor y significado a los componentes de su cultura, de su sociedad y de su historia. Esta identidad tiene que ver con los procesos de apropiación que los nacionales hacen con respecto a las instituciones constitutivas del Estado-nación; aquéllos se manifiestan como expresiones de solidaridad, de un sentido comunal hacia los símbolos de la inclusividad nacional y en el orgullo de reconocerse con un pasado y un presente histórico compartidos. Se complementan con: la fijación y reconocimiento a las formas y perspectivas del territorio, la admiración hacia los productos de la cultura originaria y con todo aquello que mueve a un fuerte

sentimiento de pertenencia a las instituciones nacionales.

Debo advertir, antes de entrar de lleno al tema, que al referirme a los términos: criollos, mestizos, etcétera, estoy consciente de que recorro a una estratificación, ya que estos grupos sociales presentaron una multiplicidad enorme de facetas que hacen discutibles las generalizaciones. Sin embargo, debido a lo extenso del periodo histórico que analizo, resulta más conveniente echar mano a estas categorías. Mi objetivo es, además, recoger y organizar una buena parte de ideas que se encuentran dispersas en varios estudios a los que daré crédito en el texto al transcribirlos.

### Descubrimiento y conquista

El humanismo ha generado una nueva concepción del hombre, del espacio y del tiempo. Giovanni Pico della Mirandola, en su *Oratio de hominis dignitate* (Sobre la dignidad del

“Ignotoque etiam surget gens aurea mundo”  
De un mundo desconocido surgirá  
una raza de oro. Diego José

Abad, *Poema heroico*

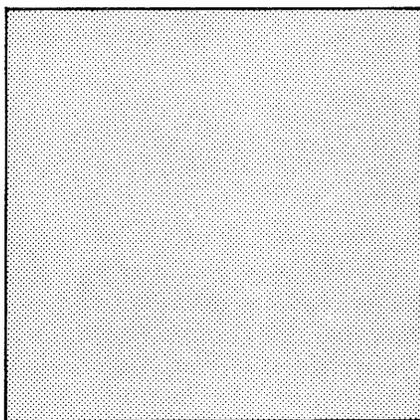
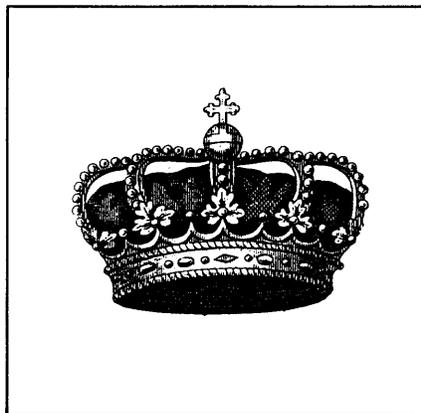
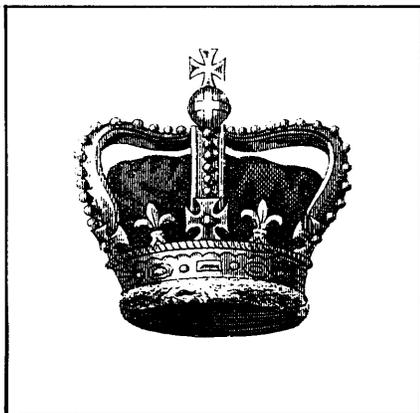
hombre, 1487), se refiere a un hombre creado por Dios, dueño y artífice de su propio destino, señor del universo, libre de elegir el camino que quiera, sea en el sentido del bien como del mal. A este hombre, consciente de su propia valía, ¿qué le impediría conquistar su propio universo?

La curiosidad por conocer qué había más allá de las columnas de Hércules ya se había expresado en el mundo clásico (siglo V), Platón hablaba de los antípodas, habitantes de la tierra opuesta a la parte habitada y conocida: la ecumene. Séneca, en su *Medea*, predice:

Venient annis  
Saecula seris quibus Oceanus,  
Vincula rerum laxet, et ingens  
Pareat tellus, Tiphis novos  
Detegat orbes.  
Neo sit terris ultima Thile.

“Vendrán siglos de aquí a muchos años, en que el Océano aflojará las ataduras de las cosas y aparecerá gran tierra, y Tifis (la navegación) descubrirá nuevos mundos y no será Tile la última tierra”.<sup>1</sup>

El almirante Cristóbal Colón cumplió la profecía y en 1492 descubrió un nuevo continente que susci-



tó infinitas polémicas: derrumbaba el principio del origen común de todo el género humano, afirmando el poligenismo. Derrumbaba también el dogma de la *dispersio apostolorum*, según el cual la palabra de Cristo había sido llevada por sus apóstoles a toda la tierra habitada. Todo estaba cambiando, la transferencia del mundo a un solo plano; esto es, la sustitución de lo vertical por lo horizontal hizo que el cosmos no se moviera ya de arriba a abajo, sino en la horizontal del tiempo: del pasado hacia el futuro. El europeo buscó el pasado como refugio (la edad de oro) y el futuro como proyecto (la utopía).

América ofrecía la posibilidad de crear ese mundo nuevo, era la oportunidad que Dios daba al hombre para entrar al nuevo milenio de la perfección y la felicidad. El continente fue el receptáculo de todos los mitos medievales. Los europeos se lanzaron a la búsqueda de la mítica Cíbola, El Dora-

do, las Amazonas, o al encuentro de la añorada Arcadia.

Cuando el 13 de agosto de 1521 fue conquistada México-Tenochtitlan por los españoles, epilogó el gran poderío de los aztecas y se inició el gran mestizaje cultural. El espíritu europeo estaba forjado en la experiencia milenaria del centro más activo de los pueblos de la humanidad: el Mediterráneo, núcleo de poder y fuerza, como *ónfalos* del mundo conocido, regía los destinos del extremo occidental. A estos españoles nada les era extraño, y todo les ofrecía una explicación clara y equilibrada de la tierra habitada, dividida en dos extremos: el oriental y el occidental.

Así su cosmovisión estaba reflejada en tal dialéctica representada por dos rumbos: uno, el de los pueblos orientales pasivos, y el otro, el del grupo occidental caracterizado por su gran dinamismo. Se veían a sí mismos como el paradigma de la actividad y la inquietud creadora, sin desdeñar por supuesto una actitud reflexiva que los había llevado a conocer la esencia humana y a descubrir los secretos de la naturaleza. Eran, en suma, gente pragmática y dominante, y cada individuo participaba de este espíritu en proporción a su personalidad. Al desplazarse por el mundo, cada uno era portador de cierta dosis de dinamismo y de gran determinación vital.

Los indígenas del Nuevo Mundo eran de distinto temple. Esparcidos en un inmenso territorio, pródigo en contrastes, se dividían en incontables grupos humanos que vivían en constante pugna. Dominados por una concepción abrumadoramente mítica, rendían sus máximos esfuerzos para sobreponerse a la adversidad de las fuerzas cósmicas en acecho incesante. Su sabiduría milenaria les indicaba cuál era la primacía del hombre como alimentador de los dioses y, por tanto, como sostenedor del equilibrio cósmico, de la perduración de la vida, de la conservación en el mundo de los vivos y en el de los muertos de las virtudes de los hombres.

Su inteligencia les había permitido alcanzar una clara idea de los procesos naturales, paralelamente a un desarrollo de estructuras complejas de la vida social, y de formas muy elaboradas de las actividades productivas. Pero la condición misma de enamorados de los astros, aunado a su gran fatalismo, fueron la causa principal de su ruina al tiempo de la conquista. La invasión de los españoles enfrentó bruscamente los dos sistemas de vida: la concepción cósmica, nutrida de metáforas y números, fue destruida por las armas de hierro y de fuego, "sus plumajes de quetzal se rasgaron, sus obras de jade se hicieron pedazos", fueron abatidos sus sabios, quemados sus códices y sus palacios convertidos en montones de piedra. En su postrera actuación ante Cortés, no vacilaron los *tlamatime* en afirmar: "Si como sostenéis nuestros dioses han muerto, dejadnos mejor ya morir".<sup>2</sup>

Este fue el principio de ese polémico encuentro del cual surgió nuestra nación, que bajo las Leyes de Indias creó la ficción de ser una: el Derecho, la religión, la lengua, eran una; sin embargo, lo que la caracterizará será esa pluralidad de lenguas y culturas, que coexistieron construyendo lo que conocemos como México.

Dividiré este trabajo en tres grandes rubros, tomando en cuenta las aportaciones de David Brading en su estudio

sobre el patriotismo criollo: territorialidad, donde veremos cómo los novohispanos se identifican al suelo que los ve nacer, hasta sentirlo su patria; después la religión, elemento que, como su nombre lo dice, los *liga* como grupo, a pesar de sus diferencias internas, y por último la recuperación del pasado indígena que legitimará a los novohispanos como herederos de la gran cultura prehispánica.

### 1. Territorialidad

Durante el siglo XVI, podemos distinguir claramente los inicios de este apego a la tierra por parte de los conquistadores, quienes sienten que han hecho un esfuerzo superior por someterla. Esta generación orgullosa de su gesta heroica cree merecidas todas las mercedes otorgadas por la Corona en pago a los nobles servicios dados a toda la cristiandad. Al respecto, Díaz del Castillo dice: "Porque bastan los bienes que ya he propuesto que de nuestras heroicas conquistas han recrecido, quiero decir que miren las personas sabias y leídas esta relación desde el principio hasta el cabo, y verán que en ningunas escrituras que estén escritas en el mundo, ni en hechos hazafiosos humanos, ha habido hombres que más reinos y señoríos hayan ganado como nosotros, los verdaderos conquistadores".<sup>3</sup>

Entonces empiezan a sentir suya toda esta tierra; tanto, que el virrey de Velasco pensaba que muchos de estos colonos se apegaban demasiado a su nueva residencia, y advirtió al rey que algunos de los españoles se jugarían la vida por defender sus tierras, sobre todo porque representaban, obviamente, la justa recompensa a su proeza.

La ciudad de México se convirtió en el núcleo geográfico de la vida, del gobierno y la cultura españolas. Los encomenderos, así como los funcionarios reales, clérigos, comerciantes y artesanos, se esforzaban por tener una residencia ahí. Los españoles delimitaron la parte central de la ciudad para su provecho y dejaron la periferia para los cuatro barrios de indios.

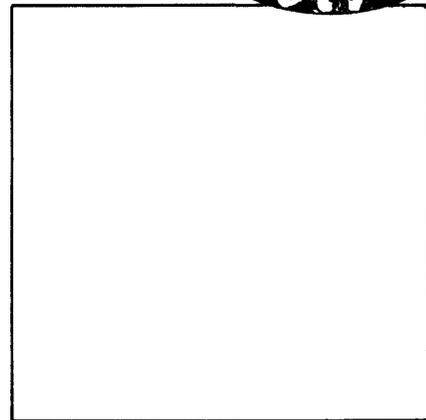
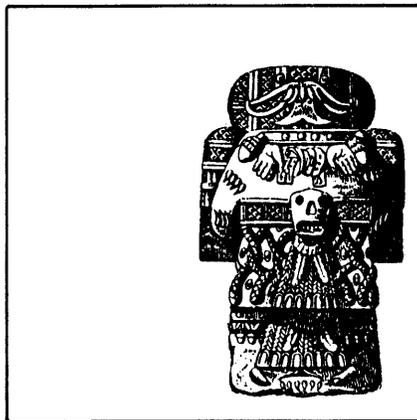
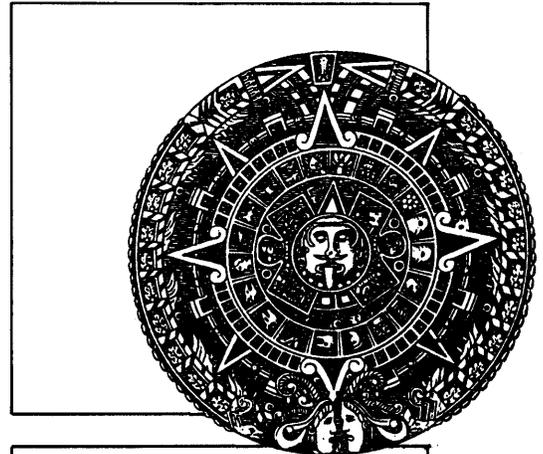
Testimonio del orgullo que sentían los españoles de la nueva ciudad que habían edificado lo da Francisco Cervantes de Salazar, toledano llegado a México en 1551, y profesor de la recién inaugurada Real Universidad de México (1553). En su obra *México en 1554*,<sup>4</sup> con el pretexto de mostrar la ciudad a Gutiérrez, viajero español que ha cruzado el océano, no por codicia, sino para ver cosas nuevas, y Alfaro, otro forastero, nos da una descripción muy fiel de la ciudad construida sobre las ruinas prehispánicas: con una plaza mayor que la de Sevilla, con casas monumentales que se asemejaban a fortalezas medievales (construidas así por temor a levantamientos indígenas) y cuyos canales, que les recordaron Venecia a los visitantes, eran fabulosos. El paseo permitió exclamar al extranjero: "Todo México es ciudad, es decir, que no tiene arrabales, y toda es bella y famosa".<sup>5</sup>

Nueva España se revela, ante los azorados ojos de los visitantes, como un microcosmos, donde se juntan el nuevo con el viejo mundo: montes feraces e indios humildes, y también: soberbios edificios y excelsos templos. Ante este grato espectáculo, Alfaro reconoce:

¡Oh, y cuán grande fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han pasado de aquella desdicha a su igual felicidad, y de la antigua servidumbre a la verdadera libertad! Y también ¡mil veces dichoso el soberano en cuyo siglo y en cuyo nombre conquistó y convirtió a la fe cristiana este Nuevo

Mundo, antes desconocido, y poblado de innumerables gentes que con tal estrago y matanza rendían obsequios a sus mentidos dioses!<sup>6</sup>

Así, la conquista fue vista como una misión civilizadora y cristianizante, negando su carácter colonizador. A pesar de su apego a lo conquistado, el español aún no considera esta tierra como su nación, siente nostalgia por la Madre Patria, España, y su patria chica, llámese Andalucía, Castilla, o bien Sevilla, o cualquier pequeño poblado donde hubiere nacido; y pagaba un alto precio por un racimo de uvas o un puñado de aceitunas que le recordaran el olor del terruño. Ya los españoles desde su llegada habían hecho notar las diferencias que existían entre ellos, dependiendo de la región donde nacieron. Manifestaron así una identificación más profunda con la "patria chica" que con España, característica aún todavía muy acusada en gente de nuestra provincia.



Sobre esto tómesese en cuenta, cuando Moctezuma pregunta a Cortés por qué atacará a Narváez, si es su hermano, a lo que contestó el conquistador: "... son malos y vienen de aquella manera. Y como nuestro emperador tiene muchos señoríos, hay en ellos mucha diversidad de gentes, unas muy esforzadas y otras mucho más, y que nosotros somos de Castilla la Vieja, y nos dicen castellanos, y aquel capitán que está en Cempoal, y la gente que trae, es de otra provincia, que llaman Vizcaya, y se llaman vizcaínos, que hablan como los otomíes..."<sup>7</sup> Como se ve, los españoles mostraban un gran regionalismo. Esto se entiende, y es razonable, si recordamos que España, como nación, acababa de consumar su unificación y, por eso, aún sus integrantes no se identificaban plenamente como connacionales.

Ya para fines del siglo XVI quedó conformado el grupo constituido por los españoles nacidos aquí: los criollos, quienes nunca habían visto la tierra de sus antepasados, y sólo conocen ésta que es su tierra. Por sentirse merecedores de los frutos de la conquista como descendientes de los fundadores de esta nueva patria, justifican su preeminencia sobre los indígenas. Pronto los criollos empezaron a sentir resentimiento hacia los españoles llegados de la península, quienes a su vez los miraban con desdén por haber nacido aquí.

Por ello, el peninsular fue blanco del repudio local por la arrogancia de sus actitudes. Oigamos la voz del poeta Mateo Rosas de Oquendo:

Todos son hidalgos finos  
de conocidos solares...  
¡Cómo sé no se supiera  
que allá radiaban de hambre!<sup>8</sup>

Las fricciones con los españoles peninsulares y con inmigrantes que arribaron con posterioridad a la conquista, cobraron fuerza ante las pretensiones señoriales de españoles nacidos en México, quienes, paradójicamente, a la vez sentían una cierta inferioridad

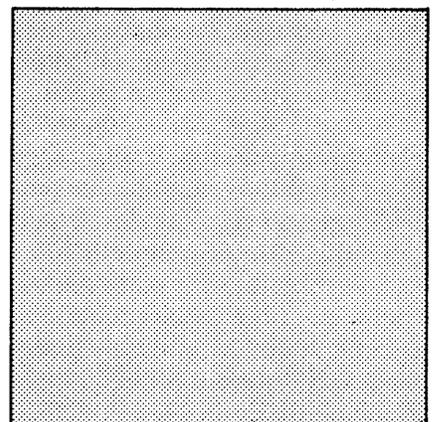
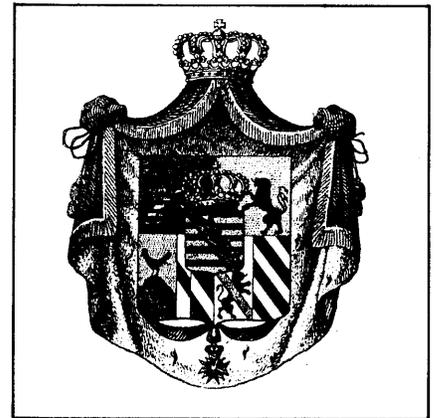
frente a Europa, porque la seguían considerando su guía cultural e intelectual. Sin embargo, no dejaron de señalarse las diferencias entre el criollo instruido y el peninsular estulto que venía en busca de fortuna:

Oiremos al español nacido en la Indias hablar tan pulido, cortesano y curioso, y con tantos preámbulos, delicadezas y estilo retórico, no enseñado ni artificial... que parece ha sido creado toda su vida en corte y en compañía en gente muy hablada y discreta. Al contrario, verán al chapetón... que no hay palo con corteza que más bronco y torpe sea. El modo de proceder en todo del uno es tan diferente del otro, uno torpe y otro tan vivo, que no hay hombre por ignorante que sea que luego no eche de ver cuál sea gachupín y cuál nacido en India.<sup>9</sup>

Los criollos estuvieron descontentos por la tendencia mostrada por el poder centralizador de la ciudad de México, proclive a reclutar a sus funcionarios de los recién llegados de Europa. Como es natural, el virrey deseaba escoger a sus colaboradores entre aquellos que tuvieran lazos con los intereses locales; y, obviamente, esto provocaba efectos negativos por la división que causaba, ya que las diferencias de origen y educación eran terreno fértil para el desarrollo de los prejuicios y la discriminación. Hubo desacuerdos entre la burocracia, y los colonizadores tanto por cuestiones políticas, como también económicas, porque aquí se veía mal que la Corona obligara a Nueva España

a contribuir con mayores recursos para financiar las largas luchas en contra de los holandeses, alemanes, ingleses y franceses.

Este resentimiento se acentuó porque la élite colonial no quiso compartir el poder, sino que estrechaba cada vez más sus lazos con España, buscando cónyuges para sus hijas en la madre patria (a despecho de los criollos). Inspirada en esta situación surgió la famosa copla: "Si la de San Bernabé/no diera buen ley,/no casara Diego de Ibarra/con la hija del virrey",<sup>10</sup> aludiendo a Diego de Ibarra, originario de Eibar (Guipúzcoa), quien se enriqueció explotando yacimientos de plata en Zacatecas, logrando con ello la altura suficiente para casarse con doña Ana de Velasco y Castilla, hija del segundo virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco. Como vemos, la fórmula dinero más alcurnia daba una efectiva movilidad social en la sociedad novohispana. La imposibilidad en la que



se hallaban los criollos, menos solventes, de asegurar sus dominios y de conservar intacta su fortuna, obligaba a los hijos a seguir carreras mal remuneradas o a contentarse con muy modestos cargos oficiales.

Ya para el siglo XVII, el sentimiento de pertenecer a la Nueva España, y de que ésta les pertenecía, es mucho más patente. El 10 de julio de 1603, el bachiller Bernardo de Balbuena obtiene la licencia del virrey, conde de Monterrey, para imprimir la *Grandeza Mexicana*. Poema de nueve cantos en tercetos, cuyo tema es la ciudad de México, descripción en la que encontramos una admiración semejante a la de Cervantes de Salazar, con la diferencia que en éste, la belleza de la ciudad de México tiene un valor en sí misma, y no tanto por tener como referente a España.

Balbuena, nacido en La Mancha, y educado en la Nueva España, anidó en su corazón de poeta el amor a sus dos patrias y el orgullo de las dos grande-

zas. Sin embargo, la que definitivamente siente como suya es la de Nueva España, a quien dedica tan extenso poema. Todo el argumento lo resume en la primera octava:

De la famosa México el asiento,  
origen y grandeza de edificios,  
caballos, calles, trato, cumplimiento,  
letras, virtudes, variedad de oficios,  
regalos, ocasiones de contento,  
primavera inmortal y sus indicios,  
gobierno ilustre, religión, Estado,  
todo en este discurso está cifrado.

Balbuena se adelanta literariamente al estilo churrigueresco con su poema; el endecasílabo avanza trenzando sus rimas, con firmeza mas no con facilidad; poeta conceptuoso, se recrea en las metáforas y las alusiones intrincadas, haciendo que el lector vaya del altísimo olimpo al florido contorno mexicano, donde "todo el año es mayo y abril". La capital del virreinato, México, aparece ante sus ojos como el ideal vuelto realidad; la ciudad venturosa, tranquila, culta y bella, rodeada de cristalinos canales. La ciudad en todo es grande, pero su mayor grandeza, recalca Balbuena, radica en ser parte de un imperio digno y de inmortal historia. La grandeza mexicana viene de la grandeza del imperio español. Aquí vemos cómo se empieza a formar la urdimbre nacionalista; por un lado, *nuestro* Moctezuma como lo nombra Torquemada, paradigma del pasado prehispánico, es un dechado de virtudes; y, si volvemos los ojos a España, só-

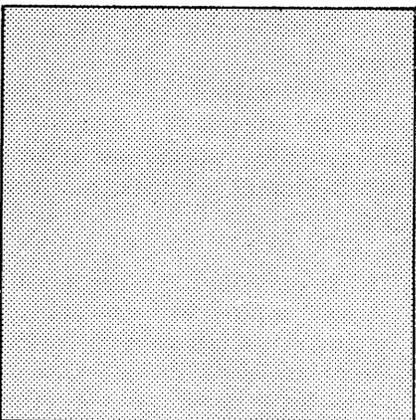
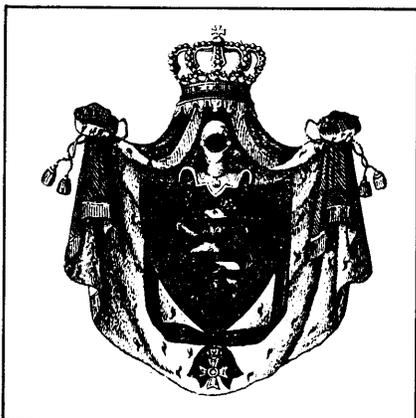
lo encontramos dignidad, valor y nobleza. ¿Acaso no hay razón para que el novohispano se sienta orgulloso?

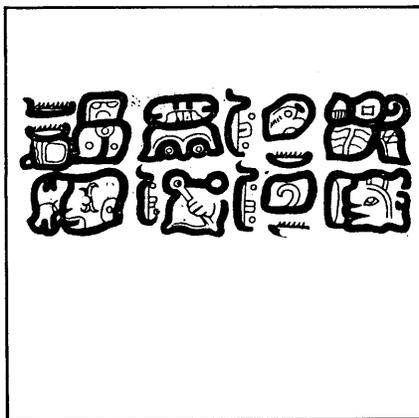
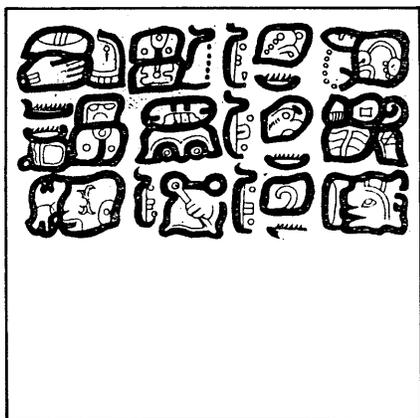
En el siglo XVIII, Rafael Landívar, guatemalteco, pero radicado en la ciudad de México, escribió *Rusticatio mexicana*, que es un canto amoroso a la Nueva España: pinta sus lagos, volcanes, los manantiales y fuentes, la campiña oaxaqueña; se refiere a la cochinitilla, sus aves, los rebaños, la ganadería, las corridas de toros, las peleas de gallos. Con justicia fue llamado por don Alfonso Reyes el "Virgilio de nuestra poesía".

Este poema, escrito en hexámetros latinos, refleja en mucho que este criollo se siente orgulloso de su patria: "Lléname a mí el placer —amor de la tierra— de visitar la patria campiña siempre en flor",<sup>11</sup> dice Landívar. Porque esta tierra, comparada con España, es un suelo feraz, donde el clima siempre templado y agradable provee a ese campo siempre en flor, y la tierra es pródiga no sólo en el fruto carnoso que aporta sino también en el oro y plata que ofrece.

Aquí tienes, juventud que floreces con el fervor de la primera edad, a quien la naturaleza concedió gozar un clima benigno, deleitar el oído con las aves y contemplar sus bandadas disparándose a través del espacio con sus alas policromas... Aprende a estimar en mucho tus fértiles tierras, a explorar animosamente y a investigar con paciente mirada las riquezas del campo... Mas tú, que posees gran agudeza de entendimiento, despojándote de las antiguas ideas, vístete ahora con las nuevas, y resuelto a descubrir sagazmente los arcanos de la naturaleza, ejercita en la búsqueda todas las energías de tu ingenio, y con gustoso trabajo descubre tus riquezas.<sup>12</sup>

Con estas palabras el poeta concluye su creación; es muy significativo ese "despójate de ideas antiguas" que puede interpretarse como un llamado urgente a la juventud criolla a que despierte de su letargo y preste oídos a los cambios que se están dando en el mun-





do. Recordemos que el poema se publicó en 1782, cuando la sociedad novohispana ha entrado a su fase de madurez, y los criollos, imbuidos de conceptos netamente ilustrados, como la participación popular en el gobierno y el concepto de un mundo compuesto por naciones soberanas, están preparándose ideológicamente para demandar su independencia de España.

## 2. La religión

La conquista de México tuvo también el carácter de una cruzada religiosa. En el curso de la larga guerra de reconquista de España, concluida en 1492 con la toma de Granada, último reducto árabe en la península, en el espíritu de los españoles se fueron identificando los conceptos de patria y religión, y, como consecuencia, surgió y se desarrolló la idea de considerarse cada español como un defensor del catolicismo.

Esta fue una buena razón para que la Iglesia Católica, en América, expulsara a los sacerdotes indígenas de los dioses antiguos; y colocó a la cabeza de la nueva jerarquía religiosa a gente que provenía de las órdenes católicas. Destruyó a los antiguos ídolos y puso fin a los sacrificios humanos; quemó los códices sagrados y relegó u olvidó gran parte de los conocimientos de los vencidos, sobre astronomía y adivinación. Pero, por otra parte, ofreció al común de los hombres el medio de fundir sus devociones tradicionales dentro de nuevos moldes. Así, la Iglesia tendió

un puente entre el orden antiguo y el nuevo. Como dice Paz: "Se continuó el arquetipo religioso-político de los antiguos: la pirámide y sus implacables jerarquías".<sup>13</sup>

En la tarea de la evangelización los religiosos se enfrentaron a sociedades que tenían una religión establecida y fuertemente enraizada en todos los aspectos de su vida. A pesar de observar que, formalmente, en ciertas prácticas rituales había similitudes con las ceremonias religiosas cristianas, se optó por desarraigarlas totalmente.

De ahí que una de las funciones especiales del Santo Oficio, durante el siglo XVI, fuera imponer la conducta y las creencias ortodoxas entre la población indígena recientemente convertida. Hasta 1540, porque después se suspendieron, los juicios a los indígenas muestran que el sincretismo religioso era la preocupación principal de la Iglesia novohispana, ya que en muchas zonas los nativos desarrollaron una religión católica en la forma, pero pagana en su sustancia.

Zumárraga estaba convencido de que la Inquisición necesitaba castigar a los indígenas idólatras y a los brujos, de modo que procedió a procesar a unos 19 indios herejes durante su ministerio. Famoso fue el juicio del jefe indígena y cacique de Texcoco, don Carlos Chichimecatecutli, quien, en 1539, fue quemado en la hoguera, porque Zumárraga lo halló culpable de minar a la Iglesia española y al poder político español en Nueva España. Los

conceptos indígenas fueron juzgados, por la Inquisición, de acuerdo a las leyes y principios de justicia españoles, con el objeto de afianzar las nuevas formas de vida impuestas por una legalidad unilateral.<sup>14</sup> Sin embargo, no se pudo evitar el fenómeno del sincretismo.

Con frecuencia los nuevos templos cristianos se erigieron sobre los mismos sitios que ocupaban los antiguos *cues* arrasados, o se edificaban sobre las pirámides; ejemplos patentes son los casos del Tepeyac, Chalma, Amecameca, Cholula, por mencionar algunos. También los sacerdotes cristianos se resignaron a admitir las danzas y los cantos que formaban parte del ritual mesoamericano; les cambiaron las "letras", ¡claro!, e introdujeron nuevos instrumentos, ritmos y melodías, pero los "mitotes" continuaron, y si no, pensemos en las danzas que podemos atestiguar cada 12 de diciembre en la Basílica.

Con la aparición de la Guadalupeana, deja la Iglesia novohispana de ser una iglesia colonial, en el sentido de sólo repetir la ortodoxia del catolicismo español. Se inicia, como dice Paz, la creación más compleja y singular de la Nueva España: el culto a la Virgen de Guadalupe, madre de dioses y hombres, protectora de los desamparados. Tonatzin-Guadalupe fue la respuesta de la imaginación a la situación de orfandad en que dejó la Conquista a los indios. Para los criollos la aparición de la virgen convirtió a su tierra en una verdadera madre que desplazó a la "madre" España, lo que para los mestizos significó la reconciliación con su origen.

El primer impreso donde se da testimonio del prodigio de la aparición de la Virgen es en el escrito por el bachiller Miguel Sánchez, en 1648, quien refiere:

Si Dios para la primera imagen suya que había de aparecer en la tierra (Adán) por veneración y estimación quiso prevenir de tan acertado dibujo, aquí hablando a lo piadoso y discuriendo a lo tierno,

podremos asentir y decir que siendo María Virgen la imagen más perfecta y copiada del original de Dios y siendo la suya en nuestro mexicano Guadalupe tan milagroso en las circunstancias y tan primero en esta tierra, *previno, dispuso y obró su dibujo primoroso en ésta su tierra México, conquistada a tan gloriosos fines*, ganada para que apareciese imagen tan de Dios... la conquista de esta tierra era porque en ella había de aparecerse María virgen en su santa imagen de Guadalupe<sup>15</sup> (el subrayado es mío).

A través de este texto podemos ver claramente cómo, ya para el siglo XVII, la conquista tiene una justificación, una razón teológica: Dios permitió y favoreció el descubrimiento para posibilitar el nuevo Paraíso, donde florecería la segunda Eva, la Virgen de Guadalupe. Con esto nos explicamos claramente la frase del salmo 147, que siempre la acompaña: *Non facit taliter omni nationi*: no hizo nada igual por ninguna otra nación. La nueva Iglesia criolla está destacando la idea de un nuevo pueblo elegido, que cada vez se hace más diferente a España: no sólo étnicamente, al acrecentarse el número de mestizos, sino también religiosamente, Guadalupe es la protectora de América, y por supuesto los criollos hicieron todo lo necesario para que no se le confundiera con la Guadalupe de Extremadura.

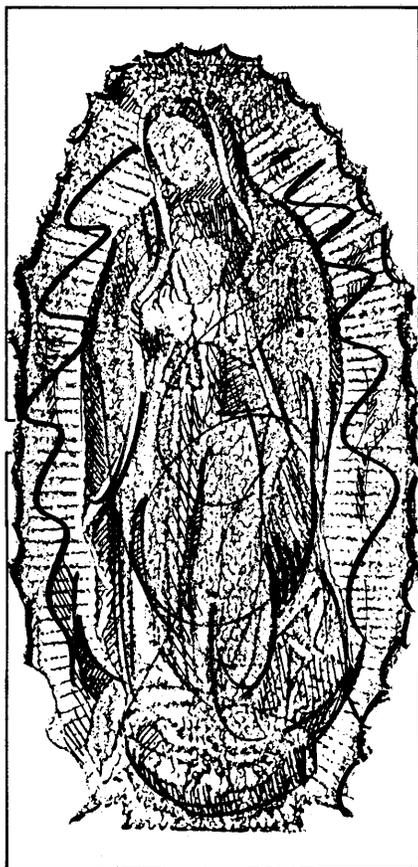
La Virgen de Guadalupe se volverá el símbolo de la amalgama de los criollos, los mestizos, los indios y las castas, símbolo que sí podríamos calificar de

nacional, porque fue el primero que rebasó los regionalismos existentes. Por eso no es nada gratuito ni aleatorio que Hidalgo abandere su movimiento emancipatorio con su imagen.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, poeta, matemático, astrónomo, cosmógrafo, historiador, cronista y biógrafo del siglo XVII, entre toda su obra erudita, también le cantó a la Guadalupe. Toma de Balbuena el título de *Primavera indiana*; en aquél, la frase se refería a la benignidad del clima, aquí Sigüenza nos remite al símbolo del advenimiento de la Virgen como la primavera de nuestro devenir histórico:

Toda una primavera fue expresiba (*sic*) en tosca tilma del trasunto hermoso, que a despecho del rígido diciembre ynluye mayo a la inculta urdimbre.<sup>16</sup>

Sigüenza, con esta líneas, nos remite a la idea de un ayer signado por la oscuridad del paganismo prehispánico



frente a la luminosidad de la Virgen. Dejamos el invierno yermo sin la fe y la caridad católicas, para entrar a este mayo de nuestra historia, la primavera indiana que eligió Dios para mostrar su gran amor al hombre en la figura de la madre de todos: la Guadalupeana. Detrás de estos poemas se intuye una iniciativa de identificación a intereses comunes, a símbolos propios. México queda colocado como una nación privilegiada por la voluntad divina, pugnando por tener una personalidad propia y diferente a España.

Ya en el siglo XVIII, la inscripción en la jambas del palacio arzobispado<sup>17</sup> de la ciudad de México: "Dixit qui sedebat in Throno ecce nova facio omnia", *Apocal.* 21 (Dijo quien estaba sentado en el trono, he aquí que hago todas las cosas nuevas), es un indicio de la conciencia existente sobre lo que significaba el Nuevo Mundo, ya en este momento en plena madurez con una nueva Iglesia sincrética y fuerte que preparará al país para la época de su manumición.

### 3. Recuperación del pasado prehispánico

México, a principios del siglo XVI, no es un Estado homogéneo sino un conglomerado de poblaciones dominadas por los aztecas de México-Tenochtitlan; dominación reciente y endeble en ciertos casos. Además, las relaciones entre poblaciones vecinas a menudo eran hostiles. Por eso la llega-



da de los españoles provoca una serie de reacciones contradictorias, las cuales favorecen la empresa de Cortés. De ahí que estudios, como el de Bonfil Batalla, destaquen que el indio es un producto de la instauración del régimen colonial, que generalizó la multiplicidad prehispánica en un término: indio, para hacerla manejable y comprensible.

Los indios, así, se convirtieron en los "otros"; es decir, los no españoles, vistos como vasallos inferiores, que el rey debía proteger paternalmente, o como herejes dominados por el demonio que debían ser combatidos y castigados. En esta doble condición el indio siempre estuvo silente, nunca se le permitió hablar; en todo caso, cuando se ocupaban de él, peninsulares o criollos, era con un discurso totalmente europeo.

Hubo un intento inicial por integrarlos, y de ahí la fundación de los colegios de Santa Fe y el de Santa Cruz de Tlatelolco, dirigidos básicamente a

la instrucción de indígenas, hijos de principales. A través de estos centros de educación se iniciaba el proceso de aculturación de este grupo, a quienes se les enseñaba latín, retórica y gramática. Gracias al testimonio de los propios españoles, sabemos de la gran inteligencia que demostraron estos indígenas nobles. Motolinía cuenta cómo un clérigo de Castilla, que no podía creer que los indios supieran la doctrina cristiana, el Padre Nuestro y mucho menos el Credo en latín, decidió examinar a uno de ellos, por lo que

preguntó a uno si sabía el Pater Noster y dijo que sí, e hízole decir, y después hízole decir el Credo, y díjole bien; y el clérigo acusó una palabra que el indio decía bien, y como el indio se afirmase en que decía bien, y el clérigo que no, tuvo el estudiante necesidad de probar cómo decía bien, y preguntóle hablando en latín: *reverende pater, nato, cujus casus est?* Entonces, como el clérigo no supiese, quedó confuso y atajado.<sup>18</sup>

Ejemplos como este menudearon, por lo que los españoles, temerosos de los alcances que podrían tener estos indígenas instruidos, decidieron cerrar esta importantísima escuela, y acrecentar la vigilancia y control sobre los indígenas. Se les prohibió usar ciertos títulos como el de *tlatoani*, montar a caballo y hacer cosa alguna que los pusiera al mismo nivel que los españoles. Mientras la opresión al indio vivo fue cada vez mayor, el rescate y admiración por el indio muerto creció.

Tanto la destrucción como la recuperación del pasado prehispánico estuvo en manos de los religiosos. Ya en 1533, fray Andrés de Olmos había emprendido, por orden de las autoridades franciscanas, una investigación sobre la sociedad de los mexicas del centro de México; en 1536 sigue esta tarea fray Toribio Motolinía, para dar paso, finalmente, en 1547, a uno de los más brillantes frailes dedicados a esta tarea: fray Bernardino de Sahagún, quien se preocupó de reunir material escrito en náhuatl, de entre los *tlamatime* sobrevivientes, es decir, procuró que sus fuentes de información fueran de primera mano. A esta magna obra dedicó gran parte de su vida, y tuvo que vencer, en cierto momento, serias dificultades, como la oposición del provincial fray Alonso de Escalona, para dar fin a su empresa: la *Historia general de las cosas de la Nueva España*.

Mucho se ha comentado del trasfondo de este afán de lo franciscanos por conocer y preservar el acervo cultural prehispánico. Una de las explicaciones más fundamentadas habla de que pertenecían a una fracción espiritual que interpretaba los textos del Apocalipsis según las enseñanzas visionarias propuestas en el siglo XII por Joachim de Fiore, quien exponía que después de la conversión de los últimos gentiles se fundaría un reino de mil años, el *Milennium*, reino de la verdadera caridad. De tal manera que emprendieron esta investigación acuciosa con los indios para construir con ellos el anhelado milenio, prefacio del Juicio final.

Si bien no llegó nunca tan esperado suceso, estos franciscanos dejaron un material inapreciable para el estudio de la historia prehispánica de nuestro país. Entre esta larga nómina de religiosos me interesa referirme a fray Juan de Torquemada, porque algunas de las ideas que expone fueron retomada por Clavijero en el siglo XVIII, siglo de madurez del criollismo.

Fray Juan de Torquemada publicó *Monarquía indiana* en Sevilla, en 1615; ocupó dieciséis años de su vida en la investigación y seis en la redacción de su obra. A pesar de que cuenta con horror los ritos paganos de la religión mexicana, en todo su escrito se trasluce el respeto que siente por este pueblo, al que le da cierta dignidad comparándolo constantemente con pueblos prestigiados para la época, como el griego, el latino, el hebreo. Por ejemplo, cuando habla de Moctezuma, destaca su valor en la guerra, su energía para castigar los vicios y su celo por evitar la corrupción entre los jueces.

Menciona cómo tenían gran cuidado en que estuvieran barridas y limpias las calles, y su preocupación por gratificar los servicios de sus valientes capitanes, los cuales, cuando viejos, eran concentrados en Colhuacan, donde eran cuidados esmeradamente. Igual costumbre tenían los atenienses. "Es cierto que *nuestro* Motecuhzuma nunca leyó esta ley en los códigos y anales griegos, pero leyólo en los libros de la buena razón y como enseñado en ella lo mandó y ejecutó"<sup>19</sup> (el subrayado es

mío). Nótese de qué manera, ya a inicios del siglo XVII, se inicia esta recuperación del pasado glorioso de los prehispánicos. La visión que nos transmite Torquemada es de indios virtuosos, cuyo único defecto era estar en manos del demonio.

Otro representante de la idealización del indio prehispánico es don Carlos de Sigüenza y Góngora, descendiente de Luis de Góngora, cuya fama le valió la invitación de Luis XIV a formar parte de su cortejo de sabios. A la edad de 23 años empezó sus estudios de las antiguas glorias de los aborígenes de la Nueva España, iniciando una magna colección de documentos, manuscritos, mapas y pinturas pertenecientes a los indios. Le ayudó su buena relación con la familia de Fernando Alva Ixtlilxóchitl quien en el siglo XVI había escrito el *Compendio de la historia general de la Nueva España*, y para tal fin había recopilado una gran cantidad de documentos y códices, los cuales quedaron custodiados por sus descendientes. Un siglo más tarde fueron estudiados por Sigüenza.

Se desconoce el destino de la colección del propio sabio Sigüenza y Góngora; sabemos que fue a manos de particulares, de donde los sacó la curiosa investigación del caballero italiano Lorenzo Boturini en el siglo XVIII. Su biblioteca de 470 libros fue legada al colegio jesuita de San Pedro y San Pablo, con 28 volúmenes de manuscritos suyos.

Prueba del apasionamiento de este matemático por la historia antigua de México, la dan los títulos de los libros que escribió sobre este tema: *Año mexicano*, *Imperio chichimeco*, *Fénix de occidente* *Santo Tomás apóstol*, *Genealogía de los reyes mexicanos*, *Historia de la Universidad de México*, *Tratado de grandezas de México*, *Historia antigua de las Indias en estampas*, *Calendario de los meses y las fiestas de los mexicanos*, *Anotaciones críticas a las obras de Bernal Díaz del Castillo y Juan de Torquemada*. Desgraciadamente muchos de estos materiales se

encuentran hoy perdidos y tenemos noticia de ellos gracias al testimonio de Boturini, Veytia y Clavijero. Todo lo relacionado con sus estudios del pasado prehispánico fueron hechos por un amor a la que ya sentía su patria, como dice él en el prólogo a *Paraíso occidental*, "a cuya composición fui movido por el gran amor que tengo a mi patria". Como vemos, en toda la primera parte de su vida se nota un afán decidido por edificar las glorias nacionales y el culto al terruño de los *padres*; por eso es significativo el hecho de que cuando se incendian las casas consistoriales en el famoso motín de 1692, Sigüenza no vacila en lanzarse a las llamas con tal de salvar los libros y códices que guardaba el cabildo, pagando incluso de su bolsa a gente para que lo ayudaran.

Por Clavijero, que admiró mucho a Sigüenza, conocemos algunas de las ideas de éste en torno a los mexicanos: estaba convencido de que la llegada de los olmecas había sido por la Atlántida, que los mexicanos eran descendientes de Neftuim, sobrino de Cam, y estos antepasados habían salido de Egipto, por eso eran constructores de pirámides. Lo importante para nosotros es que en él se manifiesta el empeño por definir lo mexicano, mezclando en la nueva sustancia de la nación criolla el orgullo de las tradiciones y virtudes prehispánicas; por ello a la llegada del virrey Paredes, en el arco triunfal erigido para su recibimiento, propone las imágenes de los emperadores mexica-



nos como otros modelos de las cualidades del gobernante.

El diseño de este arco es sorprendente para la época: la imágenes que siempre adornaban estos ornamentos barrocos provenían del panteón grecorromano o de la historia bíblica. El de Sigüenza y Góngora irrumpe con efigies de los emperadores aztecas. El título de la obra, que contiene la descripción, es muy explícito: *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe, advertidas en los monarcas antiguos del mexicano imperio*. De tal manera que Izcóatl, Ilhuicamina, Axayácatl, Moctezuma y Cuauhtémoc son los paradigmas que el criollo presenta al virrey español.

En este repaso de los grandes personajes que colaboraron a la forja del concepto de nación, no podemos dejar de lado al teólogo Juan José de Eguiara y Eguen, quien emprendió una singular semblanza del espíritu de los novohispanos en su obra *Biblioteca mexicana*, impresa en 1755. Eguiara nació en 1696, en la ciudad de México, de una familia de vizcaínos emigrados a la Nueva España desde principios de siglo. Estudió en el Colegio de San Ildefonso y se graduó en la Universidad, como doctor en filosofía y teología, llegando a ser años más tarde rector de la misma.

Este incansable estudioso fue motivado a la titánica elaboración de un catálogo de todas las obras que se habían publicado hasta ese momento en la Nueva España, porque el deán de Ali-

cante, don Manuel Martí, en unas epístolas impresas en Madrid, se había empeñado en persuadir a un joven español de que no viniera al Nuevo Mundo, y

se atrevió a señalar a se atrevió a señalar a México como sitio de mayor barbarie del mundo entero, como país envuelto en las más espesas tinieblas de la ignorancia y como asiento y residencia del pueblo más salvaje que nunca existió o podrá existir en el futuro...<sup>20</sup>

Eguiara se propuso emplear toda su erudición para refutar las opiniones de Martí, legándonos una información inapreciable, además de una reflexión muy reveladora de la conformación de la cultura mexicana. Para él, nuestra cultura es la fusión de espíritu e inteligencia de dos civilizaciones igualmente ricas: la prehispánica y la española. La nación mexicana, por lo tanto, resulta ser una cultura mixta que recibe como herencia un doble acervo cultu-

ral. Los españoles no sembraron en tierra árida sino, como dice el doctor Roberto Heredia, su cultura fue "injertada en un tronco robusto de larga tradición, cuyas raíces viejas y fuertes le han dado savia y sostén y han conferido rasgos singulares".<sup>21</sup>

Eguiara, además, reprocha a Martí que se haya ocupado más bien del estudio de las civilizaciones antiguas, "pues si alguna vez hubiera examinado los antiguos monumentos de nuestra gente y hubiese hojeado las historias compuestas, ya por los españoles, ya por extraños, de ningún modo hubiese motejado de incultos a los indios mexicanos", *Vetera monumenta nostratum* escribe Eguiara; es decir, los antiguos monumentos de nuestro país:

El sabor entrañable del término *nostratum* implica, de parte del criollo, ya no sólo la adhesión a un territorio y a unas tradiciones comunes con los grupos indígenas, sino la incorporación o más



exactamente la apropiación del pasado indígena como parte de su historia.<sup>22</sup>

Quiero cerrar este capítulo con una figura que indudablemente representa una de las cumbres del pensamiento novohispano: Francisco Xavier Clavijero, jesuita criollo nacido en Veracruz por 1731, expulsado del país en 1767, junto otros miembros de la orden y muerto en el exilio, en Bolonia, en 1787. Su estancia en Europa le permite empaparse del pensamiento de la Ilustración, movimiento intelectual que puso en tela de juicio la equidad de la conquista de América; la enorme suma de noticias, documentos y alegatos recopilados por conquistadores, misioneros y cronistas cae bajo el riguroso examen de la razón, lo que echa por tierra la intervención divina en este suceso histórico.

Con las lecturas de primera mano hechas en México, con el conocimiento de su tierra natal y con manuscritos que

le facilitara el conde de Ferrara, Clavijero se dio a la tarea de escribir la *Historia antigua de México*, que publicó en tres volúmenes, en Bolonia, el año de 1779; añadiendo un cuarto en 1781, que contiene sus disertaciones históricas, en donde detalladamente refuta a Buffon y De Pauw.

Georges Louis Leclerc de Buffon, en su libro *Oeuvres* (1749), expone la tesis de la debilidad o inmadurez del Continente Americano. Aclaraba que las especies en el Nuevo Mundo no sólo eran distintas sino en mucho inferiores a las europeas; los indígenas, pocos y débiles, no habían podido dominar a la naturaleza hostil. En contraposición a la pequeñez de algunas especies, las dañinas como culebras e insectos eran demasiado grandes, lo que representaba un desorden natural para Buffon.

La denigración de la naturaleza americana llegó al extremo con la publicación de *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Memoires interes-*

*sants pour servir a l'histoire de l'espece humaine*, de Corneille de Pauw, en 1768. Para De Pauw, el hombre americano no era ni siquiera inmaduro, era un degenerado, y la naturaleza del continente no era imperfecta sino decadente, por lo tanto su posición se presentaba más radical que la de Buffon.

Ante este "monstruoso retrato que De Pauw hace de la América",<sup>23</sup> Clavijero trata de mostrar que tal no es el caso de los mexicanos, para quienes reclama el adjetivo de cultos. Para él el antiguo mexicano se encontraba en estado de equilibrio, en perpetua juventud, muy cerca de los orígenes, pero todavía lejos de los morbos que contiene la civilización. Aun sometidos por los españoles, conservaban las virtudes de la antigüedad, sobriedad en el comer y beber, paciencia en el trabajo, entereza ante el peligro, severidad en el castigo, amor a los hijos, respeto a los padres y una inclinación definida hacia la superstición en la práctica externa de la religión.

A diferencia de Torquemada, cuya defensa en favor de los pueblos prehistóricos la sustenta en el equiparamiento de éstos con pueblos como Grecia y Roma. Ahora Clavijero va más allá: los mexicanos son mejores que aquéllos. Su discurso se vuelve un continuo evidenciar de todas las atrocidades en que incurrieron los griegos y romanos, para probar la superioridad de los antiguos mexicanos. La defensa que hace del idioma náhuatl, y la demostración de su capacidad para expre-

sar las ideas más abstractas del pensamiento reflexivo, eleva a los idiomas americanos a estatus de igualdad con los europeos.

Sin embargo, Clavijero no deja de señalar que “los mexicanos presentes no son en todo semejantes a los antiguos, como no son semejantes los griegos modernos a los que existieron en tiempos de Platón y Pericles. La constitución política y religiosa de un Estado tiene demasiado influjo en los ánimos de una nación”.<sup>24</sup> Así, según Clavijero, la organización política y religiosa impuesta por España, es la explicación de la inferioridad del indio actual y no su naturaleza. Entonces, si atendemos a la raíz del mestizaje de los mexicanos, veremos que esta es buena y, por ende, el producto de ella: el mestizo actual.

Clavijero, en su prólogo a la *Historia antigua*..., se llama a sí mismo mexicano, habla de la conveniencia de conservar en un museo “los restos de las anti-

güedades de nuestra patria”, y al dedicar su obra a la Universidad de México dice: “dignaos”, entre tanto aceptar este mi trabajo como un testimonio de mi sincerísimo amor a la patria...”<sup>25</sup> Estas palabras nos recuerdan al gran erudito Sigüenza, y con ello queremos vincular a estos criollos que aportaron los elementos ideológicos para la idea de nación, que ya para el siglo XVIII estaba bastante bien definida, como se puede apreciar en el texto de Clavijero.

Lafaye acertadamente señala, en su estudio de *Quetzalcóatl y Guadalupe*, que Sigüenza, igual que otros criollos, se ocupa del indio muerto, porque el pasado indígena y sus creencias habían dejado de ser subversivos; por eso se inicia sin ningún peligro el proceso de mitificación del pasado prehispánico; el indio vivo en cambio es despreciado; de esto se percatan hasta los viajeros de la época, como Gemelli Careri:

el ingenio de los indios de hoy es bien diferente del de los antiguos, los cuales se aplicaban y se realizaban maravillosamente en las artes liberales y en las máquinas; pero en el presente están inmersos en el ocio.<sup>26</sup>

En conclusión, la aparición en México de una identidad nacional más completa se dio en el siglo XVIII, cuando entre los criollos surgió un sentimiento moderno de nacionalismo, que incluía conceptos netamente ilustrados, como la participación popular en el gobierno, ciudadanía, go-

bierno constitucional, y, lo más importante, el concepto fundamental de una nación unida por el nacimiento, la geografía, la historia, la lengua y el gobierno. Por eso los criollos invocaron la historia de México para legitimar su nacionalidad mexicana; recurrieron mucho a los relatos de los cronistas del siglo XVI, y a otros posteriores, basados en ellos.

Como ya vimos, desde mediados del siglo XVI hubo elementos que después se asociaron con el nacionalismo mexicano. Los novohispanos tomaron a México como su patria y se consideraron mexicanos; además, los miembros de la inteligencia criolla ayudaron a mantener esta doble herencia, india y española, como una tradición mexicana vigente. Los criollos mostraron gran orgullo en México, y ese amor a la tierra, la protección de la Guadalupeana y la herencia de los antiguos mexicanos fueron los principios generadores de la identidad nacional mexicana.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Séneca, *Obras completas*, Aguilar, Madrid, 1961, p. 991.

<sup>2</sup> Miguel León Portilla, *Filosofía náhuatl*, México, UNAM, 1971, p. 271

<sup>3</sup> Bernal Díaz del Castillo, *Historia de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1980, p. 137.

<sup>4</sup> Este título se lo da su traductor, el célebre bibliógrafo Joaquín García Icazbalceta, al reeditarlo en 1875. El título original era *Commentaria in Ludovici Vives Excertaciones Linguae Latinae*. A Francisco Cervantes de Salazar, Mexici, apud Joannem Paulum Brisensem, 1554. Sólo se conoce un ejemplar de este libro. Carece de portada. El título arriba transcrito está a mano. El ejemplar perteneció a don José María de Andrade, luego a don Joaquín García Icazbalceta, y ahora se conserva en la Biblioteca de la Universidad de Texas, en Austin, EUA.

<sup>5</sup> Francisco Cervantes de Salazar, *México en 1554 y Túmulo imperial*, ed., prol. y notas de Edmundo O’Gorman, México, Porrúa, 1972, p. 48.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 64.

<sup>7</sup> Díaz, *op. cit.*, p. 221.



<sup>8</sup> Luis González, *El entuerto de la conquista. Setenta testimonios*, México, SEP, 1984, p. 230. En este libro también encontramos el célebre soneto anónimo: "Viene de España por el mar salobre / a nuestro mexicano domicilio / un hombre tosco, sin algún auxilio, / de salud falto y de dinero pobre".

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 232.

<sup>10</sup> P. J. Bakewell, *Minería y sociedad en el México colonial, Zacatecas (1546-1700)*, trad. de Roberto Gómez Ciriza, México, FCE, 1976, epígrafe.

<sup>11</sup> Rafael Landívar "Rusticatio mexicana", *Literatura de la Colonia*, México, Promexa, 1985, p. 757.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 857.

<sup>13</sup> Octavio Paz, *Posdata*, 15a. ed., México, Siglo XIX, 1981, p. 123.

<sup>14</sup> Véase sobre este caso inquisitorial, el interesante artículo de la Mtra. Silvia Pappé, "Quiénes son estos que nos deshacen y perturban. El problema del otro ante la tradición". *Imágenes de lo cotidiano*, anuario conmemorativo del V centenario del descubrimiento de América, México, UAM-A, 1989, pp. 47-85.

<sup>15</sup> Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María Madre de Dios de Guadalupe milagrosamente aparecida en México, celebrada en su historia, con la profecía del capítulo doze del Apocalipsis*, México, Impr. de la viuda de Bernardo Calderón, México, 1648, p. 20.

<sup>16</sup> Carlos de Sigüenza y Góngora, *Primavera indiana. Poema sacro histórico-idea de María Santísima de Guadalupe de México (1668)* México, Fernando de Sandoval, 1945, estrofa LXIX.

<sup>17</sup> Este palacio fue erigido, en el lugar del templo a Tezcatlipoca, en 1545; posteriormente fue reconstruido en el siglo XVIII, época de la inscripción fechada en 1745. Con la secularización de la Iglesia en la Reforma, se dividió y fue vendido a particulares. Actualmente es propiedad de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público.

<sup>18</sup> Fray Toribio Motolinía, *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. y notas de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1979, P. 171.

<sup>19</sup> Fray Juan de Torquemada, *Monarquía indiana*, México, UNAM, 1975, p. 284.

<sup>20</sup> Juan José de Eguira y Egueren, *Prólogos a la "Bibliotheca Mexicana"*, versión española anotada con un estudio biográfico y la bibliografía del autor, por Agustín Millares Carlo, México, FCE, 1944, pp. 55-58.

<sup>21</sup> Roberto Heredia Correa, "Raíces indígenas de una nación criolla", *En torno a la formación de la conciencia mexicana en la Nueva España*, México, UNAM, 1989, P. 19.

<sup>22</sup> *Loc. cit.*

<sup>23</sup> Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1987, p. 423.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 47.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. XXII.

<sup>26</sup> Giovanni Francisco Gemelli Careri, *Viaje a la Nueva España*, México, UNAM, 1976, p. 63.

#### BIBLIOGRAFÍA

Aguilar, fray Francisco de, *Relación breve de la conquista de Nueva España*, edición, estudio preliminar y notas de Jorge Gurría Lacroix, México, UNAM, 1980, 224 pp.

Baudot, Georges, *La vida cotidiana en la América española en tiempos de Felipe II. Siglo XVI*, trad. de Stella Mastrangelo, México, FCE, 1983, 343 pp.

Brading, David, *Los orígenes del nacionalismo mexicano*, México, Era, 1980, 138 pp.

Cervantes de Salazar, Francisco, *México en 1554 y Túlumo imperial*, ed., pról. y notas de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1972, 233 pp.

Clavijero, Francisco Xavier, *Historia antigua de México*, prolog. de Mariano Cuevas, México, Porrúa, 1964, 621 pp.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa, 1980, 700 pp.

*El entuerto de la conquista. Sesenta testimonios*, pról., selección y notas de Luis González, México, SEP, 1984, 269 pp.

Eguira y Egueren, Juan José, *Bibliotheca mexicana*, versión española anotada, con un estudio biográfico y la bibliografía del autor, por Agustín Millares Carlo, México, FCE, 1944.

Frost, Elsa Cecilia, *Las categorías de la cultura mexicana*, México, UNAM, 1972, 210 pp.

Germelli Careri, Giovanni Francesco, *Viaje a la Nueva España*, México, UNAM, 1976, 210 pp.

Leonard, Irving, *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano del siglo XVII*, México, FCE, 1976, 245 pp.

Israel, J. I., *Razas, clases sociales y vida política en el México colonial, 1610-1670*, México, FCE, 1980, 309 pp.

Lafaye, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalajara. La formación de la conciencia nacional en México*, prefacio de Octavio Paz, México, FCE, 1977, 483 pp.

Liss, Peggy, *Orígenes de la nacionalidad mexicana, 1521-1556. La formación de una nueva sociedad*, trad. de Agustín Bárcena, México, FCE, 1986, 273 pp.

Moreno Bonett, Margarita, *Nacionalismo novohispano. Mariano Veytia. Historia antigua, fundación de Puebla, guadalupanismo*, México, UNAM, 1983, 343 pp.

Motolinía, fray Toribio, *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. y notas de Edmundo O'Gorman, México, Porrúa, 1979, 256 pp.

Navarro, Bernabé, *Cultura mexicana moderna en el siglo XVIII*, México, UNAM, 1983, 230 pp.

Osorio, Ignacio, *Conquistar el eco. La paradoja de la conciencia criolla*, México, UNAM, 1989, 395 pp.

Pacheco, José Emilio, et al., *En torno a la cultura nacional*, México, SEP, 1983, 228 pp.

Paz Octavio, *Posdata*, 15a. ed., México, Siglo XXI, 1981, 155 pp.

